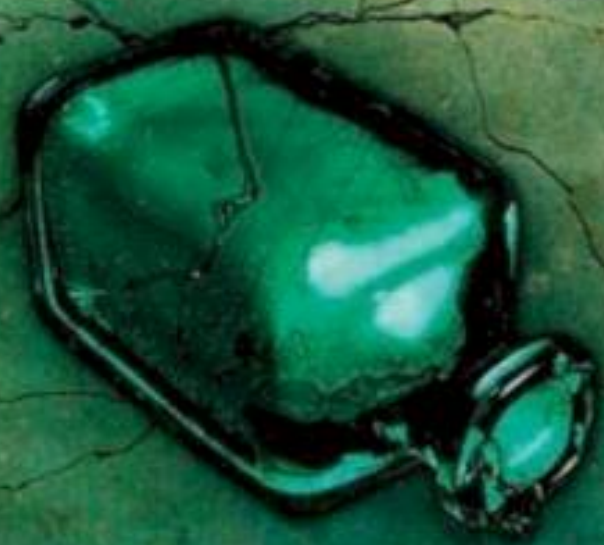


TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA

VENENO
PARA LA
CORONA



Marzo de 1452, Juana Enríquez, segunda mujer de Juan de Trastámara, el Usurpador, rey viudo de Navarra, se hace llevar desde Sangüesa a Sos a fin de dar a luz al hijo por quien ambos infringirán las leyes del Reino y también las de la Corona de Aragón, vulnerando así los derechos del verdadero heredero, Carlos, Príncipe de Viana.

Por curiosas circunstancias, las vidas de Juana Enríquez y de Jordana Gorria, una mujer marcada por la deshonra, se cruzarán y quedarán ligadas durante años, aunando en dicha relación la ambición de la primera y el deseo de venganza de la segunda.

Desde Navarra hasta Sicilia, pasando por Aragón, Cataluña y Nápoles, la presente historia recrea una época de intrigas, real, dura, en la que el uso del veneno era una práctica habitual para eliminar a los enemigos e, incluso, a quienes no lo eran.

Personajes ficticios:

JORDANA PERIZ DE GORRIA.

MUÑIA, su hija.

MIGUEL DE EZPELETA, prometido de Jordana.

BELTRÁN XIMENEZ DE ZANGOZA, amante de Jordana.

LOPE XIMENEZ DE ZANGOZA, primo de Beltrán.

IAKUE, servidor de Lope y de Beltrán.

HAIM ABER NARDUT, físico judío de la corte de Zaragoza.

DIEGO, hijo de Munia.

MARIABATISTA, nodriza de Diego.

MARTINCO GORRIA, hermano de Jordana.

Personajes históricos:

JUAN I DE NAVARRA Y II DE ARAGÓN, el Usurpador, viudo de Blanca I de Navarra.

JUANA ENRÍQUEZ, segunda mujer de Juan II de Aragón.

CARLOS, PRÍNCIPE DE VIANA, hijo de Blanca I de Navarra y Juan II de Aragón.

BLANCA II DE NAVARRA, hija de Blanca I de Navarra y Juan II de Aragón, esposa repudiada por Enrique IV de Castilla.

LEONOR DE NAVARRA, hija de Blanca I de Navarra y Juan II de Aragón.

FERNANDO, hijo de Juan II de Aragón y Juana Enríquez.

MOSÉN PIERRES DE PERALTA, Gran Condestable de Navarra.

GASTÓN DE FOIX, marido de Leonor de Navarra.

JEAN DE FOIX, primo de Gastón de Foix.

Marzo de 1452

El cochero azuzaba a los caballos y el carruaje forrado de telas ricas y acolchado con cojines de seda se balanceaba de un lado para otro, al igual que una barquichuela en medio de la tormenta, mientras la parturienta aguantaba los dolores sin una queja y apretaba con fuerza los muslos para impedir que la criatura a punto de nacer decidiera salir al mundo en cualquier momento. Había abandonado el palacio de los reyes de Navarra en Sangüesa en cuanto había sentido las primeras contracciones. Ni las súplicas de sus dueñas y parteras, ni las aseveraciones del galeno en cuanto al peligro que corrían, tanto ella como el nonato, sirvieron de nada. Doña Juana Enríquez, segunda esposa de Juan de Trastámara, infante de Aragón, duque de Peñafiel y rey viudo de Navarra, había jurado que su hijo no nacería en tierras navarras. La comitiva se vio, por tanto obligada a viajar hasta la primera población de la Corona de Aragón, Sos, donde la duquesa fue llevada en volandas al castillo de los Sada y dio a luz a su primer hijo varón, Fernando. Eso se dijo, pues corrió el rumor de que el infante había nacido en el camino.

Tras un par de abortos y una niña muerta a poco de nacer, Juana Enríquez sabía —así se lo había pronosticado una agorera— que, esta vez, la criatura que crecía en sus entrañas era un varón y tan segura estaba, que decidió que su hijo naciera en Aragón. El rey Alfonso, quinto de su nombre, no tenía hijos legítimos y tampoco parecía que tuviera intención, ni edad, para tenerlos, por lo que su hermano Juan, su marido, era el heredero natural. Y su sucesor

sería aquel niño que mamaba con tal fuerza que, a cada succión, parecía ir a desgarrarle el pecho. Por él se había arriesgado a viajar desde Sangüesa a Sos en el último momento, cuando la partera confirmó lo que ella ya sabía, que el nacimiento del niño era cuestión de nada. Fue una decisión precipitada, incomprensible para los miembros de la curia, incluido su marido, pero ella lo tenía claro. Su hijo debía nacer en Aragón. Su suegro y su cuñado, así como Juan, habían nacido en Castilla y llegaban rumores acerca del descontento de los súbditos aragoneses por el hecho de que sus reyes fueran castellanos. También estaba la antigua usanza por la que nadie que no fuera nacido en el reino o hijo de aragonés podía gobernar, tradición incumplida durante el último siglo. El riesgo merecía la pena.

No había matrimoniado con un pariente viejo, viudo y con tres hijos de su misma o parecida edad por nada, cuando podría haberlo hecho con el propio rey de Castilla, su pariente, asimismo, y viudo reciente, de no haber mediado la enemistad entre el valido de éste, don Álvaro De Luna, y su padre, don Fadrique Enríquez de Mendoza, Almirante de Castilla. Cierto que Juan de Castilla tenía cuatro hijos tan jóvenes como ella, pero era rey. Su marido sólo era el rey viudo de Navarra y el posible sucesor de su hermano, el de Aragón, pero lo mismo transcurrían los años y la sucesión no se llevaba jamás a cabo. Un accidente de caza, una enfermedad o una herida de guerra podían dar al traste con los planes gestados a lo largo de los nueve meses de embarazo, mientras tejía ropas para el niño e intervenía en la polémica entre su marido y su hijastro, siempre en contra de éste último.

Le constaba que entre ellos nunca habían existido buenas relaciones, pero tampoco habían sido mejores entre Carlos y ella. En su primer encuentro, el Príncipe la miró como a una intrusa y le recordó que, según las capitulaciones matrimoniales acordadas con su difunta madre, él era el legítimo heredero y su padre estaba obligado a dar cuenta a

las Cortes navarras acerca de su nuevo matrimonio, cosa que no había hecho y que, por lo tanto, perdía todo derecho al trono de Navarra. Sin embargo, un rey coronado no perdía sus derechos tan fácilmente y, en buena hora, la difunta reina Blanca había dejado estipulado en su testamento que su hijo no accedería al trono en tanto y cuanto su padre no lo permitiera. Y no lo había permitido. ¿A cuento de qué tendría que ceder sus derechos de matrimonio a alguien con quien apenas había tratado desde su nacimiento? Carlos se había educado en el palacio de Olite, junto a su abuelo materno, y había sido nombrado Príncipe de Viana y heredero de Navarra en vida de éste. También lo sería de Aragón, llegado el momento, pero ya se encargaría ella de que su marido cambiara de opinión. Aragón sería para Fernando, quizá también Castilla, vista la endeblez del futuro rey Enrique, y ¿por qué no? Navarra.

El hecho de que un ejército castellano al mando del heredero hubiera entrado en Navarra para auxiliar a su primo Carlos y atacar a su marido le había puesto en bandeja una excusa para instigar a Juan a destituir a su hijo de la lugartenencia y nombrarla a ella gobernadora del viejo reino. Ambos infantes, el navarro y el castellano, se habían entonces aliado en su contra y la habían sitiado en Estella, pero Alonso de Aragón, bastardo de su marido, había derrotado a su hermanastro en Aibar, y gracias a Dios, pues estaba ya embarazada y su apresamiento habría podido dañar al feto. No había olvidado la humillación, ni perdonado, y había jurado vengarse.

—Tú serás rey —afirmó tras contemplar al recién nacido, cuya aya se aprestaba a llevarlo a la cuna.

El último pensamiento, antes de dormirse agotada por el esfuerzo, fue para su hijastro Carlos.

—Y tú, jamás lo serás.

Todos en la Val d'Onsella estaban al corriente de que *la Coja* era bruja, de eso no había la menor duda. ¿Cómo si no sabía a ciencia cierta que éste curaría su mal de tripas con un brebaje elaborado con hinojo y anís, o que aquel otro estaba condenado por mucho que hubiese acudido al físico de los señores? ¿Cómo si no acertaba siempre el tiempo que haría en los días siguientes o adivinaba si la criatura a nacer era varón o hembra? Estaba claro que se trataba de una mujer a temer y que más valía estar a buenas con ella, puesto que sabía de plantas: de las de curar, pero también de las de matar.

Nadie conocía su origen, pues había llegado al valle preñada, sin marido y sin familia. Tampoco se sabía su nombre, por lo que, debido a su evidente renquera, rápidamente se le apodó *la Coja*, y con dicho apelativo se quedó. Por si esto fuera poco, nadie le había visto nunca la cara, ya que siempre iba embozada, de forma que únicamente se apreciaba la mirada de sus ojos negros. Como ocurre en dichos casos, cada cual afirmaba lo propio más lo añadido, por lo que había quien decía que procedía de tierras de moros donde, se aseguraba, las mujeres iban tapadas de la cabeza a los pies, pese a que no tenía deje al hablar. Otros, a su vez, estaban convencidos de que era judía, aseveración rápidamente refutada por los más sabidos aduciendo que en dicho caso viviría en el barrio hebreo, al ser de conocimiento general que los judíos preferían estar cerca unos de otros y, además, estaban obligados a hacerlo. Los más, sin embargo, opinaban que la mujer era cristiana, navarra para más señas, puesto que hablaba sin problemas la lengua de la región, aunque probablemente era una excomulgada ya que nunca, desde su llegada, se le había visto en la iglesia, ni siquiera en los funerales a los cuales asistían incluso los vecinos judíos, si bien éstos permanecían fuera del templo.

Ella y su hija vivían en una chabola, cerca del barranco, y casi nunca aparecían por la población, aunque más de un labrador camino a los viñedos, a poco de despuntar el día, se había llevado un buen susto al tropezar con la Coja, quien andaba en busca de hierbas y raíces para elaborar sus pócimas y ungüentos. Tapada con un sobretodo de color negro, ya fuera verano o invierno, era la misma Parca, tal y como el imaginario popular la representaba. Y, sin embargo, aquellos valientes, más mujeres que hombres, que acudían a ella en busca de un remedio para aliviar los males aseguraban que era persona amable, que escuchaba con atención las cuitas de sus clientes y les procuraba consejos sabios y medicinas por lo general satisfactorias, siempre que el mal tuviera solución. Y es que aunque en Sos hubiera nada menos que un físico y dos barberos, muchos preferían los remedios de la Coja en lugar de las sangrías o las sanguijuelas a las que tan aficionado era el primero, y a las operaciones de los segundos, quienes enseguida cercenaban un brazo o una pierna que, quizá, ni siquiera estaban gangrenados. Únicamente se armaban del valor necesario para dejarse operar cuando la curandera les aseguraba que la infección no tenía remedio y había llegado a la sangre, que más valía estar manco que muerto.

Con todo, las murmuraciones dejaban poso en el ánimo de los habitantes del valle, en especial cuando las cosas se torcían, las lluvias anegaban los sembrados pudriendo las semillas o la sequía abrasaba los campos y secaba el Onse-lla e incluso la fuente milagrosa de Entrambasaguas, donde tiempo atrás había aparecido la Virgen María en una encina. Las hablillas tampoco eran benévolas a la hora de atribuirle su parte de culpa por pestes y guerras, aunque nadie hasta entonces se había atrevido a acusarla directamente pues, todo el mundo lo sabía, podría invocar al diablo y entonces sería peor. La mención al Maligno traía a cuento la existencia de la extraña hija de la Coja, una joven a quien nadie había visto jamás ni siquiera los ojos. Quienes acu-

dían al barranco a por remedios habían tenido oportunidad de aperebirla sentada en el rincón más sombrío de la chabola, ya de por sí oscura, donde permanecía en silencio y no abría la boca ni para responder a sus saludos. Otras veces, pocas, acompañaba a su madre, pero se ocultaba bajo una capa, de manera que era imposible adivinar su aspecto, aunque semejante actitud no podía significar más que una cosa: que la joven era, en realidad, un monstruo deforme, sin duda fruto de una relación impura ¿y qué había más impuro que fornicar con el propio Satanás? A partir de ahí, todo eran elucubraciones en cuanto a si tendría los ojos rojos, la piel estaría cubierta de vello negro o si, en lugar de dedos, le habrían crecido garras. De tiempo en tiempo, algunos jóvenes de la localidad se apostaban por turnos en las inmediaciones de la chabola, a ver si por fortuna alcanzaban a verla descubierta, pero nunca lo habían logrado, quizá porque las brujas sabían que estaban siendo espiadas y permanecían encerradas. Después, volvía la calma y las dejaban en paz durante algún tiempo, hasta la siguiente inundación, sequía o epidemia.

La llegada de la posible futura reina de Aragón y el nacimiento de su hijo provocó una enorme conmoción entre la población, puesto que el cortejo de la duquesa lo componían, además de un físico y media docena de parteras, más de trescientas personas, número que duplicaba el de los propios sostienses, entre cortesanos, soldados, avitualladores, guisanderos, palafreneros, músicos, siervos y criadas, sin olvidar al propio abad de Iratxe, don Garzia, y veinte monjes benedictinos, encargados de orar día y noche a Nuestra Señora de la Leche y el Buen Parto. Jamás se había conocido en Sos comitiva similar. Acaso había aparecido por el lugar algún que otro señor en peregrinación a Santiago de Compostela, algún noble acompañado de sus mesnaderos o algún obispo en viaje hacia Pamplona, pero sólo

habían pernoctado en la localidad una o dos noches, y nunca en número tan elevado. Esta vez, el asunto era muy diferente.

Transcurridas las primeras euforias, la alegría y parabienes, y el vino que los señores de Sada repartieron entre los vasallos acompañado de tortas de pan y fiambres para celebrar el acontecimiento, la pregunta que todos se hicieron fue cuánto tiempo permanecería aquella gente en el lugar. Como poco los cuarenta días preceptivos para el puerperio, según la mayoría, si bien era sabido que galenos y comadronas aseguraban que una mujer precisaba un año para recuperar las fuerzas tras el parto y más si, como era el caso, doña Juana había malparido en otras ocasiones. Ni ella ni su marido querían correr riesgos con vistas a futuros embarazos, que ya se sabía que eran muchos los recién nacidos que no llegaban a la edad adulta y más valía asegurar la sucesión y la salud del recién nacido, aunque pronto se supo que el infante era fuerte y estaba sano, por lo que se suponía que no tardarían él y su madre en regresar a la corte de Navarra.

Sin embargo, los días, las semanas transcurrieron sin que, en apariencia, la comitiva tuviese intención de abandonar la Val d'Onsella. Y su presencia resultaba ciertamente muy onerosa, ya que era preciso procurar alimentos y bebidas a los visitantes, amén de que no había sosiego que no tuviera a más de uno durmiendo en su casa, pese a que los soldados habían montado sus tiendas de campaña extramuros. Éstos hacían guardia ante la villa, como si de una fortaleza ocupada se tratara, lo que incomodaba a sus habitantes en grado sumo, ya que tenían que dar razón de adónde iban y de dónde venían cada vez que salían o entraban por cualquiera de los siete portales que se abrían en la muralla. Incluso tenían que aguantar que los soldados revisasen sus canastos y se apropiasen de verduras o frutas con total desparpajo, cuando no se dedicaban a manosear a las mujeres, en especial a las jóvenes, con la disculpa de

buscar pruebas de una supuesta conspiración en contra de doña Juana y el infante por parte de los beaumonteses, los partidarios del príncipe Carlos. Ante las quejas de la población, en aumento a medida que la estancia se alargaba, los soldados recibieron orden tajante de no molestar a los vecinos bajo amenaza de latigazos e incluso la horca para quienes mancillaran el honor de las mujeres. A fin de mantener a la tropa activa y evitar que pensara en otros asuntos, el oficial al mando dispuso largas marchas por el valle y las sierras adyacentes, de forma que los hombres volvían agotados y sin ganas de armar jarana en las calles o en la única taberna de la localidad.

Un anochecer de un tormentoso día de mediados de verano, cuando las sombras se habían ya adueñado de las estrechas callejas de Sos y sus habitantes empezaban a recogerse, se vieron sobresaltados por unos gritos procedentes de las cercanías al promontorio donde se alzaba el castillo de Sada. En unos instantes, niños, jóvenes y viejos, hombres y mujeres acudieron al lugar y contemplaron una escena que iba a dar que hablar durante mucho tiempo. Allí, en pie ante la imponente mole podían verse dos figuras vestidas de negro, sin nada que las protegiera del agua, ante la atónita mirada de los soldados que hacían la guardia delante de las puertas, alabardas en posición de ataque.

—¡Justicia! ¡Justicia! ¡Justicia!

El grito, repetido hasta la saciedad, no disminuía en potencia, ni en rabia, pese a los rayos que refulgían entre los nubarrones casi negros y los truenos que los sucedían sin prórroga.

—Son las brujas —se escuchó decir a una mujer.

—Pues no van a durar ni un escupitajo —aseguró un hombre a su lado, al tiempo que señalaba a los alabarderos que salían en tromba del castillo.

—¡Fuera de aquí u os mando azotar!

El jefe de los alabarderos iba a cumplir con su amenaza real cuando una de las dueñas de la duquesa asomó por una ventana y ordenó en nombre de su señora que las dos mujeres fueran llevadas a su presencia, orden obediencia de inmediato. Los soldados las asieron y las obligaron de malos modos a entrar en el castillo, cerrando después el portón y dejando a los sosisenses atónitos y expectantes. Durante mucho rato no se movió un alma, pese al chaparrón que descargaba con fuerza en esos momentos aunque finalmente, y en vista de que no parecía haber movimiento al otro lado del portón, optaron por regresar a sus hogares, no sin antes dejar un retén de cuatro jóvenes con el encargo de avisar a los vecinos en cuanto hubiera noticias. No había duda alguna de que, como mínimo, las dos brujas serían colocadas en el cepo durante varios días por haber violado el descanso de doña Juana y haberse atrevido a reclamar justicia acerca de algo que ignoraban y que esperaban no fuera a ser una demanda contra ellos por el asunto aquel de la curiosidad que suscitaban, en especial la más joven; hecho que, de todos modos, negarían con vehemencia llegado el caso.

Doña Juana observó con atención a las dos mujeres antes de dirigirles la palabra. Había oído hablar de ellas a una de sus camareras, quien a su vez lo había oído de una de las fregonas encargadas de mantener limpios y con paja seca los suelos del castillo. Además de aquello de que la Coja había llegado a Sos no se sabía de dónde y preñada de no se sabía quién, algo que no le interesaba en absoluto, estaba el otro asunto, el de la brujería a decir de la fregona, por el que sentía verdadera curiosidad desde que con siete años, uno después de la muerte de su madre, su padre había vuelto a matrimoniar y a ella la habían dejado al cuidado de una aya vieja y de una esclava morisca que le relataba historias truculentas de seres capaces de volar en las no-

ches de luna llena, de emponzoñar las aguas, agostar los sembrados, provocar la impotencia en los hombres y la esterilidad en las mujeres y, lo más grave, asesinar niños recién nacidos sin bautizar para entregárselos al demonio. Por si acaso, y a la espera de que su hijo recibiera las aguas bautismales con toda solemnidad de manos del arzobispo de Zaragoza, había pedido al abad don Garzia que procediera nada más nacer el niño, que más valían dos bautismos que caer en las garras del diablo para toda la eternidad. No obstante, aquellas mujeres, ocultas bajo sus embozos y chorreando agua no parecía que fueran a tener los poderes achacables a las malignas, pues, si en verdad eran brujas, se habrían tomado ellas mismas aquella justicia que reclamaban a gritos.

—¿Qué razón hay para semejante escandalera? —preguntó al fin.

—Hemos sido forzadas por dos de vuestros hombres, señora, y reclamamos justicia.

La Coja pasó después a explicar cómo, estando ellas en su chabola, habían llegado dos soldados armados y las habían forzado repetidamente sin poder hacer nada para evitarlo, puesto que en todo momento habían sido amenazadas con ser degolladas si se resistían.

—¿Cómo sabes que eran mis hombres?

—Porque llevaban las armas de Navarra.

Y al decir esto, la mujer señaló con el dedo el estandarte que los dueños del palacio habían ordenado colgar en la pared de la sala principal, tras el sillón, similar a un trono, en el que se sentaba doña Juana.

—¿Por qué no descubriste vuestros rostros? —preguntó ésta, más interesada en sus personas que en el asunto de la violación.

—Señora, permitid que sigamos veladas, pues hay razones importantes para ello.

—¿Acaso sois mahometanas?

—No.

—¿Sois fugitivas?

—No.

—¿Leprosas?

—No.

—Entonces, os ordeno que os descubráis de inmediato.

—Mandad que vuestros hombres se retiren. Únicamente nos descubriremos ante vos y vuestras damas.

—Puedo obligaros por la fuerza.

—Podéis, pero ¿no creéis que nuestra violación ha sido ya más que suficiente por hoy?

Ambas mujeres permanecieron en silencio durante unos instantes, los ojos de color de ámbar de la una fijos en los de la otra, negros como la noche.

—Salid —ordenó doña Juana a sus hombres—. Vos también, don Garzia.

Hubo un conato de resistencia por parte de soldados y monjes, pero todos sabían muy bien que la dama nunca repetiría dos veces la misma orden y, tras unas ligeras vacilaciones, acabaron abandonando la sala, aunque se apostaron al otro lado de la puerta, dispuestos a intervenir a la menor sospecha de que algo malo, o simplemente extraño, ocurriese en el interior.

—Ya estamos solas —dijo doña Juana al cerrarse la puerta.

—Pues procurad no sorprenderos por lo que vais a ver, señora. La vida no ha sido generosa conmigo —dijo a su vez la Coja retirando el embozo.

Ninguna de las damas presentes, incluida la duquesa, pudo retener una exclamación de espanto al contemplar un rostro roto por decenas de cicatrices que lo deformaban como si de una horrenda máscara se tratara.

—¿Quién te hizo eso?

—Un sicario, por orden del padre de mi hija.

—¿Y por qué razón?

—Porque le exigí matrimonio. Su sicario me dejó coja y me desfiguró de forma tal que mi visión sólo causa repug-

nancia y por dicha razón prefiero cubrirme.

—¿Quién fue?

—Ocurrió hace mucho.

—¿Y tu hija? ¿También es deforme?

—No.

—¿Y por qué sigue embozada?

—Por prudencia.

La muchacha no se había movido un ápice, la cabeza gacha, cara y manos ocultas, sin apenas respirar, semejaba un bulto contrahecho salido del mismo infierno. Su madre le tocó en el hombro y ella dejó caer el embozo, alzándose en un gesto de sorprendente arrogancia. Esta vez el pasmo de las damas no tuvo límite. Ante ellas se hallaba la criatura más bella que habían visto jamás, tanto, que les pareció irreal y más de una pensó que se debía a una alucinación o a un sortilegio provocado por la bruja coja. Incluso hubo quien creyó que aquel ser era una lamia y dirigió la mirada hacia sus pies, esperando que fueran de oca, con membranas entre los dedos, o de cabra, con pezuñas, tal y como narraban las leyendas, pero los llevaba calzados con abarcas. Una túnica de estameña vulgar, harapienta y empapada moldeaba un cuerpo perfecto, algo delgado quizá para el gusto del momento, y el rostro, de piel extraordinariamente blanca, estaba enmarcado por unos bucles cortos y negros, ésta era la costumbre de las doncellas vascas hasta llegar al matrimonio o perder la virginidad. Pero fue sobre todo el color verde de sus ojos lo que más atrajo la atención, un verde tal que las esmeraldas que ornaban el collar —regalo de bodas— de doña Juana, no podían competir ni en intensidad, ni en brillo. Fascinadas, la observaban sin poder abstraerse al hechizo que emanaba de aquella joven salida de un barranco y ella sostuvo sus miradas, segura de su dominio.

Recuperada de su estupor, la duquesa ordenó abandonar la sala a las damas, conminándolas a no decir una palabra de lo que habían visto u oído, y permaneció a solas con